

Ciclogénesis explosiva

Covadonga González-Pola

—Hoy sí que he tenido un sueño raro —me dice, sin mirarme directamente a los ojos, fijando los suyos únicamente en la infusión, sin teína, que remueve despacio, pero como si le costase un esfuerzo sobrehumano.

Después, se pasa la mano por el pelo. Hoy lo lleva muy liso y brillante. Se ha arreglado más de lo normal. Y yo sé que hace eso cuando está deprimida, en un intento de levantar su moral o, al menos, de no desmoronarse por completo. Sus ojos están tristes, pero ella está muy guapa.

—A ver, ¿qué has soñado?

—Estaba en un lugar precioso. En alta montaña. Al principio parecía que estaba todo nevado. Pero no, en realidad, eran unas montañas congeladas, hechas de hielo. Había incluso una pequeña cueva. De ella, brotaba un hilillo de agua. Y, a su alrededor había florecillas moradas. Me acercaba a tocarlas y entonces algunas de ellas comenzaban a moverse y descubría que, más bien, eran pequeñas haditas y pajaritos de colores. Volaban.

Está muy guapa, a pesar de que, desde hace tiempo, se ha teñido el pelo de un rubio muy claro, platino. Esto acentúa su palidez, pero, sorprendentemente, le favorece. La primera vez que la vi así, la llamé la Reina de las Nieves.

—¿Qué te parece el sueño? Venga, que a ti te gusta interpretar este tipo de cosas.

Por fin, me mira a los ojos. Aunque es sólo un segundo.

—Pues el agua suele simbolizar las emociones. Así que parece claro que ahora mismo tus emociones están congeladas.

—Vaya novedad. Para eso no necesito soñar con montañas. Ya sé que he perdido la capacidad de emocionarme.

—Es normal cuando has tenido malas experiencias —intervengo, recordando la semana anterior a aquel cambio de aspecto. Hace ya muchos meses de eso—. Ya sabes, odio, arrepentimiento, decepciones... Todos pasamos por épocas así.

—No sé, creo que es algo más —apostilla—. Algo de lo que no me veo capaz de recuperarme. Es como si algo hubiese cambiado en mí para siempre. La forma de ver la vida. Más cínica, o más desencantada. O tal vez sea que ya pienso que el tiempo de vivir así ha pasado. De todas formas, no tengo una gran autoestima en estos momentos. Me siento poca cosa.

Lo sé. Y te creo, aunque no esté de acuerdo en absoluto.

—Pero en tu sueño el deshielo ha comenzado. Eso podría significar que algo está empezando a cambiar en ti. Y esas flores, esas hadas... podrían tener que ver con la capacidad de ilusionarse y el retorno de la primavera.

—Mira, a lo mejor tienes razón —concede mientras juguetea con la bolsita de té y su mirada sigue baja—. Pero no me siento así. Además, era un hilillo de agua en una montaña de hielo. Tanto hielo no se derrite así como así. Hace falta...

—...mucho calor —la interrumpo.

Yo albergo calor suficiente para fundir todo ese hielo. Pero este año he aprendido algo. Cuando un frente muy cálido y otro muy frío se unen demasiado rápido, se producen vientos huracanados, destrucción; todo es demasiado intenso. No sé cuántos temporales llevamos ya este año ni cuántos puertos, diques y malecones se han destruido a causa de este fenómeno.

—En realidad —me corrige—, iba a decir que hacen falta muchos días de mucho sol.

Incluso, si estás a demasiada altura, demasiado lejos de todo, vivirás en un lugar tan frío que las nieves y el hielo serán perpetuos.

—Yo creo que también hace falta un poco de valor. Para salir de ese lugar tan frío. A lo mejor no quieres salir. Allí nada se mueve, no hay riadas ni peligro. No hay...

...no hay temporales. Ni ciclogénesis explosiva.

—No hay nadie. Puede que sea eso. Nadie irá hasta allí. No es un lugar al que nadie quisiera ir.

Yo iría.

—No digas eso. Sólo son épocas. Pasarán.

—No estoy tan segura. Puede que simplemente siga siempre así. Puede que la única razón por la que me duela aislarme es por ese hilillo de agua que corre. Tal vez sería mejor que también se congelase. Así, dejaría de importarme la soledad, sentirme una mierda y haber perdido toda la confianza en que alguien se pudiera fijar en mí.

Ardo por dentro sin que la Reina de las Nieves perciba mi calor. ¿Que nadie se ha fijado en ti? ¿De verdad disimulo tan bien?

Resoplo, contrariado.

—¿Oye, te pasa algo?

Me mira fijamente, pero parece no ver más allá. Sus ojos son oscuros, pero, aún así, parecen un muro helado. ¿Y si se lo digo? ¿Derretiría todo ese mundo congelado? ¿Qué puedo perder?

—Nada. Sólo es que estoy cansado. Camarero, ¿puede ponerme un café solo y con mucho hielo?

Me duermo con el auricular de la radio dentro de la oreja izquierda. La ventana que está pegada al borde de la cama no es capaz de aislar por completo el frío de la noche. Está

nevando. Hoy se ha vuelto a desencadenar una ciclogénesis explosiva. Pero fuera, en la calle. Aunque yo estoy congelado. No importa con cuántas mantas me cubra.